

AFHIT
HERNÁNDEZ VILLALBA

El sonido de la luz
cuando se aleja

CERTAMEN INTERNACIONAL DE LITERATURA
MENCIÓN HONORÍFICA
2018
Sor Juana Inés de la Cruz

El sonido de la luz
cuando se aleja

Afhit Hernández Villalba obtuvo la mención honorífica de poesía en el X Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por David Huerta, José María Espinasa y Bernardo Ruiz.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

AFHIT HERNÁNDEZ VILLALBA

El sonido de la luz
cuando se aleja



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

El sonido de la luz cuando se aleja

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Afhit Hernández Villalba

ISBN: 978-607-490-262-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/26/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Diálogo y experiencia mística

¿Por qué un poeta mexicano invoca las voces de tres místicas medievales en pleno siglo XXI?, se preguntará el lector ante las primeras páginas del libro que tiene entre sus manos. Y es que Afhit Hernández hace un recorrido lírico por la vida y tránsito de Hildegarda de Bingen, Matilde de Magdeburgo y santa Tatiana de Roma. La relevancia del texto tiene que ver no con la recuperación de estos nombres, sino con el diálogo poético que encarna el poemario. Se trata de una escritura oblicua; el autor expresa sus tribulaciones a través de la voz de ellas.

Para adentrarse en el mundo de estas mujeres, Hernández precisa de un vocabulario acorde con la poesía mística (presente en formas como *hueso de luz* o en el uso del elemento fuego), tanto en sus variables como en los recursos retóricos que han sido identificados por estudiosos en el tema. La forma, según se observa en los poemas, es sólo la frontera visible de ese lugar que el poeta místico experimenta. Hay algo más allá que nos deja perplejos: cuando la figura poética funciona, la imagen se enciende e ilumina la palabra. Quizá, *la revelación* sea uno de los aciertos más palpables de la poesía mística.

El poemario traza un itinerario construido por medio de cuatro voces distintas. La primera recorre partes de la vida de Hildegarda de Bingen, también conocida como la Sibila del Rin; cada poema contiene un episodio de su vida o de sus experiencias. En ellos también se alude a dos de sus obras más importantes que tratan sobre sus revelaciones: *El libro de las obras divinas* y *El libro de las causas y los remedios*. Se sabe que Hildegarda sólo fue el instrumento por el cual Dios habló. Sin embargo, la sección dedicada a esta poeta no habla de lo que vio, sino de su experiencia mística, independientemente de si se trata de un verdadero testimonio de la obra de Dios; así se encuentra la siguiente imagen: “Habla el padre con voz de nada, / con corazón de nada / y en el hueco que forma cartílago y cerumen”. Estos versos contrastan el espacio vacío que se manifiesta en algo tan físico y material como la oreja.

La segunda sección la protagoniza Matilde de Magdeburgo; ésta se titula “La miel de la luz”, quizá por la hermosura, sabiduría y juventud de Matilde, quien a los doce años tuvo sus primeras visiones místicas. También se menciona su obra, en particular a *La luz fluyente de la divinidad*, que escribió durante dos décadas. La construcción poética surge a partir de la experiencia, en la que la voz penetra el interior de la poeta. Parecería que el rumor de lo divino, según los propios poemas, le surge de una exploración hacia el interior, tanto física como espiritualmente. Hay un poema donde la madre se dirige a Matilde mediante una voz poética casi coloquial; sobresale la compasión y la humildad desde un lenguaje profundo e íntimo.

Santa Tatiana de Roma da voz a “La sangre de la luz”, la tercera sección. Ella figura en el año 250 de nuestra era y se sabe muy poco de su vida, como que fue arrojada a los leones y que éstos se postraron ante ella para lamerle las heridas. De hecho, en uno de los versos se alude a los leones como invocación del perdón. Aquí la presencia de la luz se vuelve más consistente; en cambio, la experiencia mística se intercala con los martirios que sufrió durante su vida. La sección aborda el sufrimiento, presente en metáforas como “bosque de parásitos”; no obstante, la misma experiencia mística salva el dolor y se concluye diciendo: “todo fue perfecto”. Otro tema que surge es el del sexo; en varios poemas aparece la vulva, símbolo de la prisión y de algo que se expande. En este apartado se observa la unión de los opuestos (peculiaridad de la poesía mística) con más claridad.

En la última sección, la voz poética de la actualidad, la que inició el diálogo, se postra ante la experiencia derivada de la lectura de las tres místicas. Es un encuentro y una pérdida. Se representa el fundamento de lo que llamo la experiencia mediada, un *vivir a través de*, para experimentar lo vivido por ellas. Los siguientes versos ilustran este sentir: “limpiando los pies de los muertos en exilio, / amado, / mas experimentando en ellos / el amor divino / y sus nervaduras sucias”. Hernández Villalba sitúa las razones de su escritura, el fondo que subyace a la forma; acude a la palabra para hacer resonar de nuevo la experiencia mística, para atraparla con el poema. El cauce que iniciaron las tres mujeres desemboca en un poeta de este siglo. A pesar de que el nombre del apartado, “El hambre de la luz”,

incita a pensar el hambre como deseo de experimentar la mística, es evidente que, al menos desde lo poético, ésta está ahí, latente.

Para entender mejor lo que sucede en *El sonido de la luz cuando se aleja*, vale aclarar que ese sonido de la luz es la poesía y como tal es residuo; ¿residuo de qué? de la experiencia. El poeta se alimenta con los despojos que dejaron las poetas, de los cuales el autor intenta encontrar su camino de luz, y lo logra, según se atestigua con la lectura.

Me parece que una de las funciones de la poesía es herir la transparencia para buscar la luz en las palabras; dicho de otra manera, para buscar su peso, su color, su sabor... Esta razón mueve la poética de Afhit Hernández Villalba, cuya indagación no se anquilosa en el terreno de la rima o el ritmo del metro, sino en mortificar el léxico para sacar de él todo lo que esconde, para hacer surgir la imagen viva del sentir místico.

IRVING JUÁREZ GÓMEZ

EL HUESO DE LA LUZ

Hildegarda de Bingen se desangra en un prado

No hay pulmón o barandal en estos miedos míos.

La lluvia es una aguja:
su ronroneo de paloma,
su martirio perfumado.

¿Dónde nace su alabarda?

No puedo sostener en mi vientre un manantial.
No cabe en mi mano una limosna.

Me tiendo en la estera y cubro mi piel con manuscritos
pensando que así me perdonarán haber nacido mujer y yegua,
manto de maternidades,
sin cuna y sin sendero.

Mundo:
no enaltezcas este sacrificio.
Por dentro, cuelgo mi sangre en un portal.
Ya lamo las astillas de madera que desprendió su luz
cuando la miro.

Padre,
carne sin sombra ni pecado,
hombre y flor circuncidada,

Amor mío:
he aquí mi habla vacilante.

La voz de Hildegarda se derrama sobre la mesa

Un haz de luz y hueso cruzó la estancia.

¿Volveré a la plaza con mi calzado de doncella?

¿Con este brote?

¿Con esta sed para los cisnes?

No son mis manos las que recogen

las muchas plantas que estudio dentro de mi celda

sin vientre

ni ventanas.

No son mis dedos entintados los que excavaron el rocío

para encontrarse un pez o el corazón

de un mineral que si se toca, se deshace.

Hoy escribí un canto.

Era otra vez, la cacería

con sedal y plomo

del rumor que tiñe la carne,

pero que no es más que el reverbero

de lo que existe porque existe la lluvia,

la cerda en su cobertizo,
la luna y los ritmos del Rin en medio del verano.

Hoy tuve una visión en la cocina.
Fue después de la oración antes de la tarde.

Descendió en el valle arado de mis pechos de vieja enloquecida
y fue como un susurro detrás de la espesura.
Me dictaba en el corazón y en su sustancia:

“Ceniza entre cenizas. Fango que envuelve el corazón.

Habla y escribe lo que ves y escuchas”.

*Liber divinatorum operum, el Libro
de las divinas obras*

No ofrecerás dos veces el camino dado en sueños.

Por eso, vuelvo a tu creación
como una linfa informe y venenosa.
Sosteniendo mis aristas brutas, Naturaleza y limbo,
flores redimidas.

Sus mantos dormidos, sus coronas y arrecifes.

Habla el padre con voz de nada,
con corazón de nada
y en el hueco que forma cartílago y cerumen,
pienso vuelto oro desleído,
nace otra
nada iridiscente
que sabe a la miel y a los arándanos.

Mira mi miseria, mi despojo sin sexo ni fragancia.
Creyó perderse el rayo del yo entre la borrasca,
y mi latido fue

el latido de tu sangre en su filo y trazo,
golondrina que partió de mis aortas.

Mira,
con la mano semidesollada,
ante ti tiendo mis anémonas vencidas.

*Causae et curae, el Libro de las causas
y de los remedios*

Sí. Hablé de frente al Emperador,
repitiendo la voz que a mí dictaste:
“Tu espada marca rumbo.
La sangre a sorbos como a plumas”.

Sí, desprecié a los cátaros.
Confiné a mis hermanas a las mismas paredes que enrejaron
esta carne. Tanta carne.
Me anegué en mi propio cuerpo ceniciento.
Y así, lamí la sal de la llaga envuelta en hambre y cal,
y no pude compartir el pan con un leproso.
Fui necia,
como la mula azotada por un fuste;
fui torpe, galopante, saeta enceguecida.

Mas ofrecí al mundo ese remedio
que me dictó mi Señor en medio del delirio.

La leche derramada. Sin lengua,
sin garganta.

Los martirios, la vía, el ala dolorosa,
que como se siembra una cebolla, encumbre.

Y como a las cebollas, cosechar su savia amarga
para alimentar a los hombres,
a los caballos, a los corazones de los niños empiojados.
¡Incluso a los piojos que bebieron de esa sangre!

Debe ser amarga la causa única,
que alimentó el espíritu
de todo lo que existe.

Wesenmystik, la mística del ser

Siento lo que siento y no
puedo nombrar su ciclo de estación dormida,
su paso en flama,
su voz envuelta en bilis y papiros.

Todo pulso es el mismo pulso diluido,
y su flor viva cayó en el sitio exacto de la sombra.
Se levantó,
erguido
como un zigurat,
el tierno
soplo
que no
es amor
no es virtud,
no es pradera
ni tiempo
o sacrificio.

Siento lo que siento y no
soy lo que no eres.

Überfahrt, el tránsito

Leía la carta llegada una semana antes desde Disibodenberg,
no había brisa o visitante,
y caía la luz
como un pesado sueño de ginebra,
cuando sentí la punzada, hilo de sangre cortando
las fibras de la silla, el sayal, los músculos envejecidos.

Vino a mí la imagen:
zafiro y humo. Forma humana en luz.
Penetrando el fuego rutilante,
un solo albor, una fuerza, una potencia.

¿Qué quería de mí
si de mí todo lo arranca?

Un dolor desolló la piel de mis caderas.
Durante un instante, cargué en mi vetusto lomo
un árbol de espinos poblado de navajas.

Mi alma se rebasa, malherida.

Y mientras,
se hacía tarde para la práctica de coro.
Mientras,
mis pequeñas hijas lavaban sus tocados,
encendían las velas del altar
y en la cocina,
degollaban, inocentes, dos docenas de gorriones.

Zweifel, la duda

Si fue Dios quien puso
la carne de jazmín de este hemisferio,
la hendidura de cristal en medio de este grito silenciado,
¿por qué guardó cordel de diablo en esta hoguera?

Y ¿es Lucifer el que relame
el vinagre y las palomas, el hollín dorado que dejó a su paso
un carro tirado por la tisis?

Y ¿si fuera Dios en su parte más oscura,
en su forma irreconocible por el paso de su hambre
el que verdaderamente mora en los núcleos
de la fruta malva que creímos maldita?

Impostergable
espiga
que se clava.

Nosotras nos hincamos en la noche.
Nos amamos en la noche.
Nos volvemos en la noche, noche.

Nuestros dos senos son las arcas
donde guardaron tus soldados un misterio,
como una maldita fruta calcinada.

Sine medio, sin medio

Donde haya selva y su suspiro,
caldo y martirio, altura para mi corazón,
ahí encontraré tu boca de algodón de Flandes,
hueco herido de tu rumor animal e interno.

Bebí tu anís, pero no eras Tú.
Ni eras el visitante en medio de las flamas.
Tus joyas, los lebreles que me raptan,
tu asta erguida.
Para ser
debes volverte carne de mi carne.
Debes ser el deseo que mata mi deseo ardiente.
Así, sin intermediario.

Sin nada en medio, ser Tú en la barca que se incendia.

Hildegarda de Bingen cree hablar con su Maestro

Acá estoy. Ante tu juicio.

Fui la última de diez hermanos
y a los ocho años fui entregada como diezmo ante esta iglesia.
Vi morir mujeres dentro de los muros del convento
como una hilera de lirios sembrados en el lodo.
De adolescente mi estigma fue enmarcado en miel y turmalina.
Y de vieja, crie palomos que creía de humo.

Non limatis verbis.

No sé enunciar las visiones del león ardiente que me ofreces.
Como un enjambre de cuervos,
oscureces la plaza.
Y mi rostro,
escudo de una moneda antigua,
se desgasta por tormentos frente a la mesa apolillada.

Pétalos de agua dolorosa.

Encerré un tigre inexistente entre el convento y el jardín.

Fuego oscuro,
Hoja que se arrancó del saúco.

¿Soy yo la que se mira
reflejada en el lago negro de tus ojos?

Minnemystik, la mística del amor

Partes, aéreo, acuoso, sideral.

Invernal, nebuloso,
cálido.

Me regalas tu manera de ser bosque y de ser bruma.

Éste es el sexo donde moras.

Ésta,
el alma que te enciende.

Escarbando en la noche una chispa traspasada
es imposible capturar tu forma en una arteria.

Tesituras que se enmallan;
la limadura permanece.

Ay, Amor, ¿por qué te muestras
si has de burlar mi jaula de nodriza avejentada,
el beso que te rodea,
como ese costillar al corazón del ciervo en la cocina?

*Liber vitae meritorum, el Libro
de los méritos de la vida*

Oí que los hombres volvían al cielo su grito:

“No podemos culminar nuestro proyecto,
no podemos levantar nuestros brazos y sus férulas doradas,
y labrar la cordillera con los alfabetos,
pues parecen derrumbados los limbos de las puertas,
que enmohecieron las quillas y las flores
y los cascos
y los huesos”.

“Hemos perdido la fe lamiendo las orillas.
Hemos limado todo, hasta volver el mundo llano.
Matamos los filos de los vientos y de los amores,
volviéndoles insípidos para estos cueros,
amantes de sal y sangre,
y no te vemos cuando te vemos.
No somos, porque amamos lo que de ti no somos”.

“No cabe duda. Estamos hediondos como la peste”.

Yo misma dudo.

Bebo el silencio desde la brecha de las cebollas,
la brecha de mi sexo de mirto, la brecha del mar y de los incendios,
pues me gritan en el oído:

“¡Put,

perra,

malparida!

¿Dónde está tu Dios que nunca vemos?”.

Ruhe, el silencio

Mientras, Tú me respondes:

“Calla.

Guarda tus plumas y tus tintas en el brasero encendido.

Tiéndete sobre mi bruma.

Como la seda, como los cirios,
como una amarilis bocabajo.

¿No me ves en medio de la noche?

¿No ves
que estar presente en ti
es suficiente?”.

LA MIEL DE LA LUZ

Matilde de Magdeburgo mira su corazón
en una pira

Hoy soy

una princesa desnudada.

Me ofrecen a los jueces de la Letra como a un molino.

Prensa para las vísceras.

Encandilamientos.

Y el dolor del mundo engulle mi carne y mi castillo.

Veo los ojos del insecto posarse en las sustancias

y al fluir la sangre, voltear el rostro,

la escarola negra de los vicios que nos liberan.

También me dictas Tus palabras.

También es inútil hundir el sello en el calcio puro,

pues ¿quién se atreve

a dibujar los contornos de este fuego?

¿quién,

a amar

lo que nos inunda y aquilata?

Monja del convento de Helfta sangra mientras borda

“Se me ha prevenido respecto de este libro
y esto es lo que se me ha hecho saber:
que si no lo enterraba,
(él o yo o los dos)
sería(mos) consumido(s) por el fuego”.

Pero se equivocan,
bajo el árbol, mientras enhebro un hilo de cobalto,
bajo las ligaduras de las sombras con el sueño,
y su calma de caverna anegada por manantiales pétreos,
veo por fin, una verdad.

El fuego ya está aquí,
¿cómo quemarán lo que en sí mismo arde?

*Vliessende Licht miner gotheit, la Luz
fluyente de la divinidad*

Algunos días, sólo pide un vaso de agua.
Otros, pide lo imposible,
la iridiscencia de los bosques calcinados.
El tiempo, la amapola blanca de los Alpes.
Mi piel, mi núcleo, mi recinto.

Otros días, su línea fluye porque afuera canta un ave.
(Esos días escribo tres páginas seguidas.)
Pero me cobra con desvelos helados la bonanza
y el silencio que le sigue
llena de hongos mis delantales,
pues, por dentro, no escapan de la lluvia sus agujas.

Y arde y muerde y patalea,
hasta que no estalla en una palabra perfumada.
Un beso aligerado, las alas póstumas de donde se cuelgan los
albatros.

A veces, tu voz es un manantial que brotó del zinc.
Otras, no sé por qué, pero quiero comerme
el fulgor del vidrio en una lágrima, desollar vivas tus visiones.

Y en ese dolor dulce y luminoso, parir,
como la mujer del lechero o del herrero, un hijo hecho
de espuma y miel.

De palabras que vinieron de Tu luz vuelta
puñal más laberinto.

Habla el hereje mientras sostiene una avellana

Dobla sus puntas la tarde de los riscos.

Traigo conmigo la pena en una cesta.

Frente a la puerta del convento

quiero nombrar el hueco que se me escapa.

Las monjas no comparten conmigo sus manzanas.

“Son para los niños”, me gritaron babeantes, desde la cantera.

Pero una vez me viste con tus ojos de cordero.

Me ofreciste otra fruta cuando acercaste tu boca a mi oído.

Y sin embargo, no creo nada, no soy nada,

no ardo frente a esas azucenas.

No son tan diferentes nuestros centros.

El tuyo es el silencio.

Elipsis de un infinito habitado por cristales.

El mío es un río de lobos que no abreva.

No sacia, no alimenta,

sólo duda, sentado frente al risco.

Contéstame, hermana.

(Otra vez tu boca, que llena de duraznos las cárceles heridas.)

Hermanita mía,

¿a quién voy a rezar, si Dios no existe?

Los mártires se incendian / llueve de repente

Todos los pájaros del mundo callaron un instante.

Sueña con un cendal filoso
entre los pliegues de los párpados hendidos.
Cae un bramido de sal entre las brasas.
Tiende la sombra en mí,
que no aborrezco sus abrojos.

El criminal del camino se esconde en una hoguera.
Mas no asesina o roba o viola o mutila,
sólo canta.

Prende en mí su corazón de nardo burilado.
—Yo no —le grito.
—Yo no —predigo mientras sostengo
de sus voces,
las húmedas saetas.

Habla la madre de Matilde en los lavatorios de lejía

Quiero lavar con sal, con las flores del tomillo, mi ojo adormilado.

No puedo abrirlo desde ayer.

Bordé parte de la noche a la luz de la luna,

y ofrecí una vela, hecha de mis manos a sus manos.

Mil sacrificios que no comprende nadie, pero nunca

es nada

comparado con tus hechos.

No quisiste mis lágrimas, un día.

De la mano te llevé al convento y no lloraste al verse cerrar

las puertas de acero y golondrina seca.

Eres rara ante mi gente. Como si no fueras mi hija.

Lamento ser tan pobre y no darte la altura que mereces,

las sandalias suaves de piel de corderillo

o la bata holandesa de novicia, traída en mula y perfumada por

lavanda.

Polvo.

Lamento que mi carne sea polvo,

porque no comprendo por qué

prefieres a Dios como marido;

por qué prefieres
la herida en el corazón y no en la cama.

Matilde en el convento de Helfta

La memoria de los huesos
se fue borrando con el convento frío.

Maté el azúcar a los doce años.
No canté en la escuela.
No usé el delantal de las niñas dispuestas al noviazgo.

Mis padres no tenían parientes. El negro beso de la peste encendida
se llevó la sangre de mi casta. Cancelé con una peonia doble
el sueño de mi vientre.

Como si derramara
leche para los insectos.

Pero no, de nada me arrepiento.
Encontré aquí
una luz que no buscaba. Comprendí
—como escurre una gota de cera desde el candelabro—
que hay un orden y una escala, lirio y línea viva
que inundó de oro los pantanos,

nieve,
un corazón dentro de un sobre,
una cabra,
una fruta que murió
para que ocupáramos este cuerpo
y así, en su justa incomprensible dimensión, es porque es.
Será porque es y sigue siendo.

LA SANGRE DE LA LUZ

Entra la Luz en la catacumba de jazmines

Con uno de sus pies tocó mi vientre.

La pulsera de su tobillo
se derramó
—como la bestia de la noche—
en mi maleza.

Es su perfume quien grita
masticando una pregunta:
¿dónde dormirá ahora tu corazón de río?

No hubo visita más oscura.
En la mirada cuelga sus vestidos.
Sacude la cabellera cuando llueve, bramante.

Y no dejó de mí
más que el nudo de su beso que se enyerba
si se va.

Urgente in lumine, la luz impostergable

Pensé que la entrega era una puerta biselada
y no quise creer en los prefacios
de aquella muerte dócil entrando
como en un muelle o un páramo de espinas,
porque mi infancia fue un enrejado entre las insinuaciones,
un pétalo dorado flotando en una charca.

¿Qué se tiende en tus costas, exhausto y derruido?

Cae la luz turgente, como un silbido sucio,
una línea de paz que no sucumbe,
luz, impostergable.

“Niña,
deja que mis lazos luminosos
en tus pechos,
se adormezcan”.

Tatiana, la diaconisa, aprisiona un centelleo
con sus labios

Guardé mi libertad en un cofre de grabados.

No esperaba nada de la vida, todavía,
pero alimentaba en la oración un bando de palomas secas,
un barco cargado de esclavos e hidromiel
que, al pisar tierra,
mueren o se liberan.

Nací romana

y a los trece años no quise desposarme,
porque mi estatura no arrancó los frutos del manzano
y estos ojos insuflaron un colibrí radiante
como en un cántaro con bilis y veneno.

No entendía el llamado.

Algo más alto que toda religión
bramaba en mis manantiales pétreos.

Pero me educaron cristiana,
bajo las criptas y los laberintos.

Fosa de silencios, anémonas, punzones, yacía
ante el cordero en un sueño desbordado.

Recibí un manto verde como obsequio
y escondí el hambre de los ababoles en mi carne.
Caldera y nido,
su cueva me oscurece.
Esa alabarda perfumada,
para detener —inútilmente— mi caída.

Célibe

Miro mi vulva.

Me envuelven tus corrientes mansas.

Pan y pandero, higo húmedo.

Pero no.

Porque no encuentro la verdad en medio de la forja.

El reverbero oscuro de la sangre hecha melaza,
que como un incendio en medio de un bosque de granito
eriza los vellos de mi piel vuelta ceniza.

No.

Porque no puedes soñar con mis hermanos.

Mi vagina inmaculada se expande,
cambia de forma,
entrega sus jugos perfumados por jardines malditos.
Pero comprendo que su inútil lazo con la vida
no es más que un fruto
que las aves roban.

Pero no.

Tu sexo se vuelve un jamás en una jaula.

Mientras, yo, en medio de este sueño,
persigo la voz que olvida y corta en su marfil,
aquel mensajero
muerto en medio de la guerra.

Un ave se posa en el confesionario a oscuras

Padre mío,

Amor mío,
me confieso.

Amo porque clavaron en mí su tesitura.

Como cimitarra en un durazno.

Como el buey que lame el yugo e ignora el fuste,
acepté tu sombra y tu pantano.

Cuidé los huérfanos nacidos en Bonifacio,
devoré a los ancianos desnudos de las plazas
y besé sus llagas de topacio,
de color pulido y escaldado.

Pero no te fue suficiente.

Querías más de mí,
de mi carne de ternera firme.

Querías su pienso y sus luciérnagas.
Hasta la última hemorragia luminosa.
Su candado,

los líquenes del panteón
alimentados con la leche de mis senos.

Querías la bestia herida y su morada.
Verme llorar sobre el esparto.
Querías que en mis arterias anidara un avispero.
Sembrar en mis manos
un bosque de cruces y de clavos.
y quitar de mi camino
el callado que me sostiene, mis uñas desdentadas,
el tigre que me asalta cuando rezo,
mis duelos, mis gaviotas, mis martirios olvidados.

Por eso no detuviste mi destino.
No me salvaste
cuando vinieron por mí, en la madrugada.

Tatiana de Roma guarda en su vulva una miga

Partes de mí como de alguna playa.

Y dejas en la orilla tu forma de ser toro bajo la enredadera,
tu rebaño jubiloso,
ese Tú que muere si se desanuda.

Veo alejarse tu horda de insectos sobre el vino,
pie desnudo, que acalabrado, se vuelve traslúcido
si pisa el suelo.

No te deseo sostenido en el coágulo sagrado
de tu corazón vuelto trigo o cobertizo,
sino joven, hambriento, sin ropaje alguno
y al igual que yo
amando detrás de los árboles donde colgamos cascabeles.

No quiero tu llaga o tu saliva vuelta espina,
los corales de aire, lámpara y encrucijada,
tu madera lastimada por un rayo.
Sólo espero lo que no espero
(amor ardiendo en la sombra de los tilos).

Sea para mí el hueso que olvidará tu carne,
esa musiquilla de prostituta desdentada.

Sea para mí la miseria, la miel agria de tu orina
que no promete cuando canta.

Ulpiano, el jurista, aprieta el fuste con el puño

Te vi hincar tus rodillas de doncella sobre el templo.
Te escuché murmurar una oración o una tormenta
como una ola de granates que se calcinan.

Apolo frente a ti
era una visión de embriaguez y humo.

Deshecha ala,
deshecho el nombre que te designaron;
por un lado, la luz, por el otro, sangre.
Mugiendo,
muriendo como bestia en un desfiladero:
era otro dios el que te oía.

Mis dioses son puros y salvajes
como lirios en las fauces del odio.
El tuyo preña terremotos.
Te ofrenda envuelta en tu atuendo de diaconisa
y te olvida, luego, en fulgores que beben tu venero.

Te sacaremos los ojos.
Te golpearemos con la verga de un rosal encadenado.
Verás, expuesto, tu corazón
vuelto pétalos y brasas ígneas.
Y con una mano querrás detener —inútilmente—
el flujo nacarado que huye de tu sexo,
hemorragia,
río,
lo innombrable,
aquella saliva brillando como joyas.

Sin embargo,
acepto
que ni así olvidarás el juramento
que hiciste bajo los duraznos.

Santa Tatiana de Roma baja la cabeza
y sorbe un poco de su sangre

Índigo, velado.

La sangre de mi padre
(partido en dos como una madre selva)
rindió mi cabellera con diamantes negros.

Me obligan a tender la cabeza sobre el leño.

Hoy
me entregan a la muerte y su corona de obsidiana.
Rama que se desquebraja.
Ciervo oscuro.
Una espada lamerá mi cuello.

No les importó el perdón
que me otorgaron los leones que debieron devorarme.
A mí y al nidal de cisnes que creció por dentro.

Aguafuente luminosa.

Como la espuma,
como el sándalo diluido debajo de la lengua,
escuché tu voz

desde ese punto de la noche.

Ámbar.

Y ¿valió la pena cada herida y látigo?

¿Todas las hambres,

las niñas que desfloraron,

los muertos abandonados en las calles,

desde los cuales huyeron hordas de insectos afilados?

Contéstame, Señor,

¿de qué nos sirve sufrir en medio de tu bosque de parásitos?

Enumerar caléndulas.

Amar lo que ellos matan.

Escribir el martirologio de este lado de la luna.

Soy ya un suspiro, una boca entrecerrada donde se guardó

una moneda y un río de azahares,

estas limaduras que perfuman las estancias.

Ahora, desde el alba perenne de la muerte,

comprendo que todo fue perfecto,

así,

justo como fue.

EL SUEÑO DE LA LUZ

Mensaje, mientras cae una tormenta

Te has ido y, así, has vuelto.

Y en esas jornadas llenas de humedales y estorninos,
has cambiado.

Has amado más a los muertos que a los vivos.

Como cuenco vacío de leche y luz.

Andando entre las arboledas pardas, un punzón
en medio de los gritos, amado,
limpiando los pies de los muertos en exilio,
amado,
mas experimentando en ellos
el amor divino
y sus nervaduras sucias.

Y ahora comprendes un nuevo idioma.

¡Y mira que no es sencilla su textura y su alimento!

Por decir pájaro dice polen.

Le llama sangre al sueño, boca al nacimiento,

miel al papel violáceo,

vena a la veta mineral donde se arrancan los destellos.

Pero a la luz.

¿Cómo llamarla sino luz?

Luz así,

sorda, silenciosa, dejando un rastro

cuando con la palma de la mano

te la roban.

O la elevan y dejan para lamer sólo

su ruido o su silencio.

Pero llega a mí el vacío.
No tarda ni se apresura.
No viene ni se va.
Está aquí, me diera cuenta o no.

Cierro los ojos, pero sigo viendo.
Cierro las manos, y no poseo nada.

Esto es lo que soy, y esto
lo que tengo.

El imperio deshoja las leguas

Y mientras tanto, leíste como un poseso.

Sentías que las palabras no asían las hebras finas,
el peso ligerísimo
de una mota inexistente que atraviesa un pensamiento o un
jilguero.

¿Cuántos muertos consultaste?

¿Cuántas bocas quisiste besar para robarles un venero,
las palabras, esas palabras
que dicen, sin decir,
y forman el hueco que deja en la rama el ave que voló?

La sordera es infinita,

recuerda:

“Un idioma ya sabías y lo olvidaste”.

“Nunca hablará el amor con el amor”.

Lo que buscas es quedarte callado
y soportarlo.

Nuevo *tufós*, en la ventana

No te dabas cuenta.

Aquello sólo quería que te alejaras de ti para que fueras.

Que te dejaras solo

para convertirte

en un inmenso jardín de flamas perfumadas.

En un manantial que no se seca

cuando los bueyes abrevan de su manto.

Yo, colmando la sangre con intentos

Vino a mí, como el ciervo,
a beberse el mercurio de la muerte.

Un río que calcina escaló la cordillera del estómago.
Y yo, concentrado como un niño que ensarta una aguja para su madre,
miraba lo negro de un misterio humeante.

Pensaba en mi casa, en mi patio silencioso.
En mi cuerpo y en mi piel humedecida,
quizá hasta lubricó un poco cuando cruzó por mí
un deseo como un lobo
o como una barca de remeros.

Pero los dejé huir sin irme yo.
Y encontré un Dios que no puedo describir sin inundarme.
Todo brilló un poco, por un instante,
¿o fue un siempre?
¿Qué es un instante o un poco?

Pero es aquí cuando me lo pregunto.

En este momento, cuando los barandales nunca ardían.

Ningún freno detenía el caballo de mis centros.

Pasta lejos, pero sus huellas me coronan,

forman un collar para mi garganta.

Y cierran el libro como el viento.

Inextinguibilem lux, la luz inextinguible
de los fillos

Bosque de sol,
música, frugal destino.

Calcáreo fruto que cayó
como un Amor sin trueno, vacío
sin esos precipicios.

Y voz.
Y boca que se desanuda,
buscando alumbrar un poco
y con palabras una fronda,
una franja almidonada y pura
un espacio tenue donde somos
felices,
eternos,
insensatos.

La luz, su silencio perfumado

Una flor se expande en el entrecejo,
como un corazón o un continente que se despertara.

Quizá hayas conocido mil maneras.
Quizá hayas leído muchas más.
(Las leíste o las soñaste
o te las dictaron al oído y nunca lo supiste.)
Y entre el tiempo de la cosecha y la siembra,
hayas encontrado otros recorridos,
que, como el tuyo,
un día oyeron un cascabeleo en la ventana,
el ruido de la luz cuando se aleja.

Y quizá creíste que venía de afuera,
pero no,
cantaba en el cristal bruñido de tu vientre
y era venenoso y cándido
y tal vez creíste que era tu madre o un ciervo el que te llamaba.

Pero no atendiste.

Te hincaste pensando que la vida era una pérdida tras otra.

Y quizás conjuraste, “algún día será”.

Algún día.

Y ya estaba siendo.

Vaciar la carne, mientras se incendia

No hay que pensar en alas para remontar.

No hay que hacer la selva para encontrar una esmeralda.

Es verdad y no

que hay que morir para conocer a Dios.

Basta con amar primero. Arder primero.

Y en el vacío de su inexistencia exacta
te encontrarás con un grano de mostaza,
un zapato o un légamo que se inunda.

Ése es el paraje que hay que atravesar antes.

Después nada.

Lo que se calló un día y sigue en silencio.

Pero descenderás desde ese hueco enorme

donde te creíste ángel o gacela

y acrecentaba tus riberas mansas.

Irás y volverás.

Volverás a cortar la fruta para el desayuno,
abrirás la novela que dejaste sobre la mesa,
besarás a tu hermana,
te inundará un fuerte antojo
de fresas bañadas en licor.

Serás el mismo, pero habrá una diferencia.
El mundo se habrá ordenado de repente.

Tiende la ofrenda bajo los encinos

Y entonces reuní las hojas que había escrito,
mismas que encadené bajo una pérgola de rosas,
soñando con esta breve carrera en la floresta,
y que, igual que yo,
lucharon para limpiar
la oscuridad sobre los vientos.

Así escuché las voces:
una anciana santa, una diaconisa, un arrebato.

Esa noche, llegó a mi casa una gata recién parida
que bebió leche y miró la nada como a un jilguero,
antes de marcharse entre los andamios.

Leía
cuando llegaron a cobrarme las heridas.
A besar la pureza de lo que me perteneció hace tanto,
hace siempre,
y lo había olvidado.
Sobre mi techo lleno de plantas y cobaltos, en la calle sin visitantes

esparcido en el aire que amarillea
la presencia me envolvía, sin cuidado alguno,
como cabalgando una libélula.
Dándole voz a lo que no pude
por faltarme sangre o carne o luz en los espejos.

Cierro el libro, como un latido.
Esto soy yo.

Extiendo las manos vacías como un árbol que se erige.
Ojalá tuviera otra cosa más que ofrecer.

Pero esto es suficiente.

ÍNDICE

- 7 Diálogo y experiencia mística

EL HUESO DE LA LUZ

- 13 Hildegarda de Bingen se desangra en un prado
15 La voz de Hildegarda se derrama sobre la mesa
17 *Liber divinatorum operum*, el *Libro de las divinas obras*
19 *Causae et curae*, el *Libro de las causas y de los remedios*
21 *Wesenmystik*, la mística del ser
23 *Überfahrt*, el tránsito
25 *Zweifel*, la duda
27 *Sine medio*, sin medio
28 Hildegarda de Bingen cree hablar con su Maestro
30 *Minnemystik*, la mística del amor
31 *Liber vitae meritorum*, el *Libro de los méritos de la vida*
33 *Ruhe*, el silencio

LA MIEL DE LA LUZ

- 37 Matilde de Magdeburgo mira su corazón en una pira

- 38 Monja del convento de Helfta sangra mientras borda
39 *Vliessende Licht miner gotheit, la Luz fluyente de la divinidad*
41 Habla el hereje mientras sostiene una avellana
43 Los mártires se incendian / llueve de repente
44 Habla la madre de Matilde en los lavatorios de lejía
46 Matilde en el convento de Helfta

LA SANGRE DE LA LUZ

- 51 Entra la Luz en la catacumba de jazmines
52 *Urgente in lumine, la luz impostergable*
53 Tatiana, la diaconisa, aprisiona un centelleo con sus labios
55 Célibe
57 Un ave se posa en el confesionario a oscuras
59 Tatiana de Roma guarda en su vulva una miga
61 Ulpiano, el jurista, aprieta el fuste con el puño
63 Santa Tatiana de Roma baja la cabeza y sorbe un poco de su sangre

EL SUEÑO DE LA LUZ

- 67 Mensaje, mientras cae una tormenta
69 No ver y ver
71 El imperio deshoja las leguas
72 Nuevo *tufós*, en la ventana
73 Yo, colmando la sangre con intentos
75 *Inextinguibilem lux, la luz inextinguible de los fillos*

- 76 La luz, su silencio perfumado
- 78 Vaciar la carne, mientras se incendia
- 80 Tiende la ofrenda bajo los encinos



El sonido de la luz cuando se aleja, de Afhit Hernández Villalba, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

